

PATRICK GIRARD

# ABDALÁ

El *Cruel*



algaida  
histórica

## CAPÍTULO I

**L**A FIEBRE MALIGNA QUE PADECÍA ABDERRAMÁN II dio alas a las especulaciones sobre su sucesión. El emir había cometido el grave error de no designar al hijo que habría de seguirle en el trono y, en consecuencia, cada uno de ellos podía considerar que tenía derecho a exigir la corona para sí. A los más audaces les incitaban sus allegados; tal era el caso del príncipe Abdalá. Su madre, Tarub, vivía recluida en sus aposentos desde que intentó envenenar al emir con la complicidad del gran eunuco, el *fatá al-kabir*<sup>1</sup>, al-Nasr, y halló en sus intrigas una manera de vengarse por las privaciones que había tenido que soportar. Estaba decidida a todo para conseguir que su hijo fuera el nuevo señor de al-Ándalus. Sin embargo, no ignoraba que el hermanastro de Abdalá, el piadoso y apacible Mohamed, gozaba del favor de los cordobeses.

En su ansia por ver colmadas sus aspiraciones, Tarub convocó a los eunucos y les ordenó que la avisaran en

---

<sup>1</sup> Sobre este episodio véase: Patrick GIRARD, *Tarik o la conquista de Alá*, Sevilla, Algaida Editores, 2009.

cuanto muriera el soberano; para tener la certeza de que iban a obedecerla les recordó los favores con que les venía colmando desde hacía años, pues si bien los abastecedores de la corte la conocían por su cicatería, Tarub también sabía mostrarse generosa con quienes estuvieran dispuestos a secundarla en sus artimañas.

Sus servidores, que no querían enfrentarse a su venganza en el caso de que alcanzara la meta que se había propuesto, entendieron perfectamente sus intenciones y, tanto por agradecimiento como por cálculo, hicieron gala de un gran celo y prohibieron a todo el mundo el acceso a los aposentos del moribundo. Cada tarde mandaban cerrar las puertas del alcázar, y no dejaban entrar más que a los criados o a los oficiales en los que tenían plena confianza. Abderramán II, privado de visitas e inconsciente en su cama, exhaló su último suspiro el 3 de rabi I de 288<sup>2</sup> a última hora de la tarde.

La noticia se guardó en secreto, para que los funcionarios que abandonaban el palacio al término de su jornada de trabajo no pudieran extenderla por la ciudad. Sin

---

<sup>2</sup> El 22 de septiembre de 852. El calendario musulmán es un calendario lunar que tiene doce meses de 29 o 30 días. El primer mes es el de moharrán. La datación de los acontecimientos empieza a partir del 1 de moharrán del año 1, que corresponde a la fecha de la hégira, es decir el 16 de julio de 622 después de Cristo, fecha de la marcha de Mahoma y sus fieles de La Meca a Medina. Cada año empieza de media 10,87 días antes que el anterior. Los doce meses del año musulmán son moharrán (30 días), safar (29 días), rabi al-awal o rabi I (30 días), rabi at-tanit o rabi II (29 días), yumada I (30 días), yumada at-tania o yumada (29 días), rayab (30 días), shabán (29 días), ramadán (30 días), shawal (29 o 30 días) dhu al-qada (30 días) y dhu-l-hiyah (29 o 30 días).

embargo, contrariamente a la promesa que le habían hecho, no se informó a Tarub del fallecimiento del emir. Al caer la noche, los eunucos se reunieron en el amplio salón al-Kamil<sup>3</sup>. Allí, el sucesor de al-Nasr, de nombre Sadun, anunció con una voz que no dejaba traslucir la menor emoción:

—¡Compañeros! Ha ocurrido un acontecimiento ante el cual todos, grandes y humildes, somos iguales. Alá ha llamado a su seno a su siervo, nuestro bien amado señor. ¡Que Dios os conceda la mejor de las suertes bajo la autoridad de nuestro nuevo amo!

Algunos se echaron a llorar, lo que les valió una severa reprimenda de su jefe:

—No es ésta ocasión para llorar; ya tendréis tiempo luego para lamentaciones. Pensemos ahora en lo que hemos de hacer, en favor de nuestros propios intereses y de los musulmanes en general. Una vez que hayamos tomado nuestra decisión, lloraremos. Por ahora, hemos de elegir a aquel que ha de suceder al difunto. El primero de los príncipes al que avisemos del fallecimiento será el que ascienda al trono. Yo tengo una idea, y también un candidato, pero antes quiero oír vuestra opinión.

Los gritos recorrieron la sala:

—¡Que sea Abdalá, el hijo de nuestra bienhechora, que nos ha colmado con tantos favores!

—¿Alguien está en contra de esa designación? —preguntó Sadun, como si estuviera buscando un aliado para oponerse a esa elección.

---

<sup>3</sup> En el salón llamado de la Plenitud o de la Perfección.

Uno de los eunucos de mayor grado se adelantó. Abú al-Mufrich gozaba de gran prestigio entre los suyos. Era un hombre muy devoto que había peregrinado a La Meca, y su título de *hayyi*<sup>4</sup> le confería mayor autoridad. Tarub le consultaba con frecuencia, porque tenía el arte de allanar las dificultades y de no despertar la susceptibilidad de las concubinas. Con voz suave y persuasiva, explicó sus reservas:

—No quiero ocultaros que en el fondo de mi corazón me siento agradecido en extremo a nuestra princesa por los favores que personalmente me ha concedido. Sin embargo, por vuestro propio interés, he de ponerlos en guardia. Todos conocemos a Abdalá y a los cortesanos que le rodean. Son unos pervertidos y unos impíos notorios. Profanan a diario las leyes del santo Corán, y el pueblo de Kurtuba<sup>5</sup> les desprecia. ¿Acaso he de recordaros las fiestas escandalosas que el príncipe celebra en el palacio, incluso durante el mes de ramadán, y el estado en que con frecuencia le hemos hallado? Ebrio de vino, vacilante y vociferante, insultando y golpeando a aquellos que trataban de hacerle entrar en razón.

—¿Adónde quieres ir a parar? —interrumpió secamente Sadun.

—Este caso, y el papel que nosotros desempeñemos, pueden determinar la pérdida de nuestra influencia. Imaginad qué sucederá cuando mostremos en público que Abdalá ha ascendido al trono habida cuenta de que no

---

<sup>4</sup> Literalmente, «peregrino».

<sup>5</sup> Córdoba.

tiene ninguna de las cualidades exigidas para regir sus dominios. Casi puedo oír las protestas de la muchedumbre, azuzada por los alfaquíes<sup>6</sup>: «¡Malditos sean esos hombres, porque al disponer del gobierno de los musulmanes han escogido al peor de los príncipes y apartado al mejor de entre ellos, Mohamed!» No volveremos a estar seguros, pues habrá quien trate de hacernos pagar esa falta. En cuanto al hijo de Tarub, se mostrará ingrato con nosotros, y no vacilará si tiene que sacrificarnos para apaciguar a los descontentos, y ello hasta el día en que una revuelta le haga perder su corona.

—¿Qué propones? —preguntó Qasim, que era amigo de Sadun.

—Que pensemos en las cuentas que habremos de rendir a Alá Todopoderoso y Compasivo cuando abandonemos esta tierra. Todas nuestras riquezas serán bien poco comparadas con la enormidad de nuestra falta. Por eso es preferible que proclamemos emir al justo y virtuoso Mohamed. Ese era, además, el deseo de su padre, aunque para no disgustar a Tarub, y a diferencia de sus antecesores, nunca quiso designar a su heredero.

—¿Y qué podemos sacar nosotros de esto? —replicó Qasim—. La tacañería de Mohamed es proverbial; no nos ha hecho nunca el menor regalo, por pequeño que sea.

—No es eso lo que más cuenta; pensé haberlo dejado claro. Además, tiene excusas. Es un príncipe que vive lejos de la corte dedicado al estudio del Corán, de las ma-

---

<sup>6</sup> Dignatarios religiosos encargados de aplicar la doctrina malikí.

temáticas y de la historia. En lugar de llevar una vida disoluta, se ha preparado para su futuro cargo con toda discreción. Te quejas por no haber recibido de su parte ningún regalo, pero has de saber que no tenía medio de hacerlo. Tú lo ignoras, sin duda, pero hasta ahora se ha contentado con una pensión que es indigna de su rango. No temáis: cuando sea emir y disponga de los tesoros públicos, se mostrará más pródigo.

—A menos que trate de vengarse de aquellos que, en un momento, prefirieron a su hermano —dijo Sadun con retintín—. A buen seguro, habrá entre nosotros algún traidor que le informe de nuestra conversación, y su ira será terrible.

—Temes por Qasim y por ti; lo entiendo. Puedo garantizarte que hablaré en vuestro favor, y que no os sucederá nada malo.

—Te creo —dijo Sadun—, pero prefiero garantías más sólidas, Abú al-Mufrich. Por ese motivo, te ruego que me envíes a mí para avisar a Mohamed de la desgracia que le acecha y de la dicha que le espera. Sabedor de quién soy, y hacia quién iba mi preferencia, espero que se sienta conmovido y me conceda el perdón que humildemente le solicitaré.

—Te lo concedo gustoso. Pero antes, exijo que todos vosotros prestéis juramento de fidelidad al futuro emir sobre el santo Corán. ¡Ay del que cometa perjurio! El castigo divino sería terrible.

Los eunucos, asustados, juraron fidelidad al hijo mayor de Abderramán II. Quedaba avisarle sin levantar sospechas en Tarub y Abdalá. El futuro emir vivía fuera

del palacio y, para introducirle en él, habría que desviar la atención de los guardias y del portero, ibn Abd al-Salim, un hombre desconfiado por naturaleza y celoso de sus prerrogativas.

Sadun explicó su plan a Abú al-Mufrich: el difunto príncipe tenía por costumbre llamar todas las tardes a su lado a Leila, la hija mayor de Mohamed, cuyo parloteo le agradaba, y apreciaba su talento de cantora. Dado que quitando a los eunucos nadie estaba al tanto del fallecimiento, iría a buscar al heredero del trono, le vestiría de mujer y harían creer al portero que la «jovencita» había sido llamada por su abuelo.

Sadun salió del salón y, pasando por delante de los aposentos de Abdalá, que se hallaba rodeado por una alegre compañía, salió por la puerta de los jardines, cuya llave poseía. Acudió a la residencia de Mohamed, que le recibió con frialdad.

—¿Qué merece la sorpresa de tu visita a semejante hora?

—He venido a buscarte para conducirte al trono según el deseo de todos, pues tu padre, bendita sea su memoria, ya no está entre nosotros. ¡Que Dios le acoja en su misericordia! Aquí tienes el sello que te convierte en su sucesor.

Mohamed disimuló lo mejor que pudo la pena que sentía al recibir la noticia de la muerte de Abderramán, hacia quien siempre sintió un profundo afecto. En realidad, tenía miedo, mucho miedo. Sadun estaba al servicio de Tarub, y no se podía esperar nada bueno de aquel hombre pérfido, dispuesto a caer en cualquier bajeza y a



dejarse llevar por cualquier felonía. Sospechaba que le quería obligar a salir de su casa para que sus esbirros le asesinaran en una esquina. De modo que prefirió devolverle el sello:

—¡Oh Sadun, teme a Dios y no des libre curso a tu antipatía hacia mí para hacer que mi sangre se derrame! ¡Déjame! No quiero reinar. Dios ha hecho que la tierra sea lo suficientemente vasta como para que yo pueda ir a otro lugar en busca de reposo y olvido.

El eunuco se vio en la obligación de desplegar toda su elocuencia para convencer al príncipe de la buena fe de su embajada. Le contó con todo detalle la reunión mantenida en el salón al-Kamil, y el alegato de Abú al-Mufrich en su favor. Para disipar las últimas dudas de su interlocutor, añadió:

—Has de saber que yo mismo me ofrecí a venir a verte, y si he solicitado ese favor de mis compañeros, es por una única razón: reconozco haber cometido muchos errores contigo, y me prosterno a tus pies con el fin de pedirte humildemente perdón por mis faltas. Te suplico, noble emir, que apacigües en tu corazón el resentimiento que mi conducta ha podido causarte.

—No tienes nada que temer. Que Dios te perdone porque, para mí, ya estás perdonado. Ahora, si no ves inconveniente, voy a llamar a mi chambelán, Mohamed ibn Musa. Hablaremos con él sobre qué es lo más conveniente ahora.

Sadun explicó a los dos hombres la estratagema que habían ideado para ir a palacio. A Mohamed ibn Musa le pareció ingeniosa, pero tenía ciertas reservas: